

de Lantarón Herrera Melliz, situación en la que hubieron de continuar por ventura, dados los méritos personales del primero, durante los años 930 hasta el siguiente, en el cual, y ya muerto don Sancho (929), poseído de gran dolor Alfonso IV por el inesperado fallecimiento de su esposa la reina Onneca, hallando desvanecidos sin duda sus sueños de felicidad y no encontrando consuelo alguno en lo humano, hubo de formular ferviente voto de retirarse á la vida contemplativa, aliviando su espíritu del grave peso de la corona que ceñía. Ejercitando por vez primera un derecho que no habían hasta entonces usado los monarcas sus predecesores, hacía Alfonso formal abdicación en su hermano don Ramiro, á quien obligaba á ir desde Viseo, punto de su residencia, mientras él buscaba en la soledad del claustro de Sahagún amparo á sus dolores y refugio á su desconsuelo y su tristeza.

Verificábase aquel extraño suceso el año 931: animoso y resuelto, contando con las simpatías y la adhesión de la mayor parte de los antiguos defensores de Alfonso como contaba de antemano con la de los que habían favorecido á don Sancho, —Ramiro, á quien no era desconocida la situación sin duda del Califato de Córdoba, empeñado como Abd-er-Rahmán se hallaba en la contienda suscitada para él á deshora por los príncipes africanos, repartía entre aquellos que le inspiraban mayor confianza los cargos también de mayor compromiso, encomendando á Fernán González en aquel mismo año el Condado de Castilla, mientras se disponía á invadir personalmente el territorio musulmán en són de desafío. Bien porque el espíritu ambicioso de Alfonso IV no se aviniese con la vida monacal, bien porque las instancias de muchos de sus partidarios le incitasen, el recluso de Sahagún, amortiguada un tanto la causa de su quebranto, abandonaba de secreto el voluntario retiro y llegaba esperando á Simancas (1), sin que Ramiro al parecer hubiera tenido

(1) Hace notar Dozy discretamente, que habiendo sido erigida Simancas en diócesis independiente de León y nombrado Alfonso el obispo, creía poder contar con él para sus planes. V. *Recherches*, etc., t. I, pág. 166.

tiempo de impedirlo; mas persuadido Alfonso por la voz de magnates y prelados de lo censurable de su conducta y quizás también de la escasez de recursos con los cuales pretendía ceñir de nuevo la corona de que tan espontáneamente se había despojado en beneficio de Ramiro, volvía segunda vez al claustro de donde no debió salir nunca, aguardando ocasión más favorable. Presentóse con efecto ésta, cuando congregada al siguiente año la hueste, el rey de León caminaba con ella del lado de Zamora para correr la tierra de los enemigos de la fe; y poniéndose él entonces al frente de sus partidarios, separados de todo cargo oficial sin duda por el monarca, apoderábase con grande escándalo de la capital del reino, haciéndose proclamar allí rey en desprecio de sus propios actos. Grandes eran la extrañeza y la cólera que hubo de producir en Ramiro tan insólita noticia; grande también la contrariedad que en sus proyectos militares experimentaba con aquel no esperado ni presumible acontecimiento, y desistiendo por el pronto de la intentada correría, regresaba apresuradamente á León, de cuya ciudad se hacía dueño por las armas, arrojando en dura prisión al desventurado Alfonso, á quien más tarde imponía el cruel castigo de la ceguera, juntamente con sus primos los hijos de Fruela II (932).

Obtenido este triunfo realmente doloroso, pues ponía de manifiesto la llaga que laceraba la monarquía leonesa, sin dar apenas respiro á sus huestes, y con el deseo de dilatar las fronteras de su reino hasta las márgenes del Tajo, Ramiro II, incitado por los toledanos que se habían, como siempre, rebelado contra la autoridad del Califa de Córdoba, voló en su socorro, sembrando la desolación y el espanto por todas partes, arrollando las milicias fronterizas, apoderándose de las poblaciones que á su paso encontraba y entre las cuales figuraba Madrid, y encaminándose á Toledo, aquella valerosa república que, como dice muy ilustre historiador de nuestros días, «soía en la España musulmana, se atrevía á desafiar las armas del Califa y había sido hasta entonces la aliada fiel y la defensora del reino legio-

nense» (1); la capital de los monarcas visigodos de quienes se juzgaban herederos y representantes los sucesores de Pelayo, la ciudad sagrada, con cuyo rescate soñaron todos ellos. No respondió por desgracia el éxito á las aspiraciones del belicoso príncipe, pues parte de la fuerza con que Abd-er-Rahmán, III sitiaba á los toledanos, marchaba al encuentro del leonés, forzándole á deshacer el camino y regresar á sus estados con el botín conseguido y la gloria de haber llevado sus armas vencedoras hasta las inmediaciones casi de la ciudad de los Concilios (932).

No era *An-Nássir* fácil de intimidar por aquellos alardes de Ramiro; y mientras atendía solícito á los negocios de África, mandaba en el siguiente año al gualí de Zaragoza que penetrase en territorio de Castilla, para escarmentar al leonés y demostrarle su poderío. Era á la sazón Fernán González Conde de Castilla y de Álava, y noticioso de la empresa, que principalmente se dirigía por Osma, poníala en conocimiento del soberano con tal oportunidad y suerte, que no sólo libertaba Ramiro la ciudad de la terrible amenaza que pesaba sobre ella, sino que además derrotaba por completo el ejército mahometano, siendo éste en realidad uno de los triunfos en que mayor participación cabía sin duda al insigne Conde. Aquella serie de éxitos, aquella resistencia no esperada por el Califa, exasperábanle al fin; y decidido á humillar al hijo, como había ya otra vez humillado al padre en el mismo suelo de Castilla, enviaba en 934 formidable ejército por las fronteras del Condado y caía sobre Osma, donde el leonés se defendió con tal bizarría, aunque sin abandonar los muros de la ciudad, que desesperando de rendirla, Abd-er-Rahmán III dividía sus tropas, y mientras dejaba frente á la plaza fuerzas suficientes para proseguir combatiéndola é impedir todo movimiento á los sitiados, se encaminaba él por entre las asperezas del terreno, yermando los campos, arrasando las

(1) Dozy; *Histoire des Musulmans d'Espagne*, t. III, pág. 51.

aldeas; cautivando ó pasando á cuchillo con feroz deleite y sangrienta cueldad por parte de los africanos que componían el ejército á los indefensos campesinos, dirigiéndose hacia Burgos, la capital de la región de la nueva Castilla, que desde 884 en que fué segunda vez repoblada, había en cincuenta años conseguido inusitada importancia y singular desarrollo en el concepto civil y en el político.

Por aventura, entre las fortalezas y las miserables poblaciones que encontraba á su paso el Califa cordobés en aquel suelo montañoso y erizado por donde sembrando el espanto caminaba, existía desde el postrer año de la novena centuria, medio oculto en el fondo de angosto valle, muy humildé Monasterio, dos leguas distante de Burgos, el *Monasterio de San Pedro de Cardena*, que tanta fama había de conseguir más tarde con la protección de Rodrigo Díaz, el Campeador glorioso, cuyas cenizas reposaron por largo tiempo en aquel sagrado recinto. Sufriendo la misma suerte que el territorio hasta allí recorrido, era la santa casa invadida de tropel por los musulmanes, quienes sin respeto de ningún género cebaban su coraje y su saña en los indefensos monjes, destruyendo á la par el edificio, cuyos escombros, más piadosos que los sangrientos verdugos, ocultaban aquel horrible y doloroso espectáculo, como avergonzados de tan cruel afrenta (1). Llegaba el rumor, triste é imponente, de la presencia de Abd-er-Rahmán á Burgos, y difundía sombrío el pánico y el luto entre los moradores de la ciudad, amedrentados, sin medios de defensa, sin alientos para intentarla, retenido en Osma el soberano, huérfana de todo auxilio, privada del amparo del Conde de Castilla Fernán González, quizás también encerrado en Osma con Ramiro; acaso levantando gentes en la Rioja y en Álava, así como también en la antigua Castilla, pero cuya au-

(1) Nos abstenemos de toda clase de consideraciones en este punto, reservándolas para su lugar propio: cuando verifiquemos el estudio del *Monasterio de San Pedro de Cardena*, bajo su aspecto histórico y arqueológico.

sencia hacía mayor el peligro de lo que en rigor podía serlo, con ser tan grande la saña del poderoso *An-Nássir* y tan desconsoladoras las nuevas que de todos lados, para aumentar la zozobra y la ansiedad de los burgaleses, á cada instante se recibían. Encerrada en la cintura de murallas que la ceñía, guardada de defensas, en aquel momento solitarias é inútiles por lo inesperado y atrevido de la agresión, cobijada por el fuerte castillo, á modo de corona levantado en la cima del enhiesto cerro, teniendo á sus pies el pintoresco valle del Arlanzón enriquecido con el sudor y los afanes de sus moradores—Burgos se ofrecía entonces cual codiciada presa, que brindaba rico botín á las gentes del Califa; y como si sobre la ciudad condal pesase terrible maldición, veía con invencible espanto aparecer por los collados vecinos de la ribera el asolador ejército musulme que se lanzaba sobre ella como hambriento buitres y se gozaba implacable en desgarrar las entrañas de aquella hermosa población, cabeza, por así decirlo, entonces de la que se apellidaba nueva Castilla, arrasando sus muros y propugnáculos, profanando las iglesias, saqueando las moradas y derramando con repugnante regocijo la sangre de aquellos que no habían tenido en su estupor ánimos para buscar refugio en las cercanas sierras, ni la dicha de hurtarse á tan terrible suerte. Ruinas hacinadas, cadáveres insepultos y sanguinolentos, señalaban las huellas de los africanos que había hasta allí guiado en su coraje Abd-er-Rahmán III, bastando la presencia de aquellas gentes en quienes se personificaban todos los horrores, para trocar en campos de desolación y de tristura lo que poco antes era ciudad floreciente y capital de todo un distrito, altiva y poderosa (1).

Al propio tiempo que el Califa de Córdoba realizaba esta gaza memorable para Castilla y para Burgos, descontento el

(1) ABEN-JALDON, fol. 15 recto, cit. por Dozy, *Hist. des musulm.* etc., t. III, página 52.

gualí de Zaragoza con *An-Nássir*, ya por el temor de que, cual lo había aquél practicado en general con la nobleza arábica, le privase de la influencia que desde la caída de los Beni-Casi ejercían los Beni-Háchim en la región sometida á su gobierno, ya porque aspirase á hacerse independiente en ella como lo habían sido los descendientes de Muza-ben-Fortún, primero negándose á incorporar al ejército de Abd-er-Rahmán III las gentes de las tahas dependientes de Zaragoza, y por último rebelándose contra él, obligaba Mohámmad al prepotente nieto de Abd-ul-Láh á poner término á su devastadora correría, mientras él negociaba con Ramiro prometiéndole que si le ayudaba contra el Califa le reconocería por soberano suyo, cual hubo al fin de hacerlo el año 937, aliándose también con la reina doña Toda de Navarra, tutora de García, el hijo de Sancho el Grande. De esta manera pues, quedaba el reino de León asegurado, y asegurada también Castilla por sus fronteras orientales, sometidas á la autoridad de Mohámmad-Ebn-Háchim por la espada de Ramiro, aquellas fortalezas que habían repugnado rebelarse contra el Califa; mas deseando éste destruir la conflagración en perjuicio de su persona tramada en el norte de la Península, no contento con apoderarse en el mismo año de Calatayud, cuya guarnición alavesa pasó á cuchillo, y de haber conseguido destruir la alianza entre el gualí de Zaragoza y los monarcas de León y de Navarra, preparaba en el verano de 939 nueva y más poderosa expedición, llamando á las armas y bajo sus banderas cuántos elementos le brindaban el África y Al-Andáalus juntamente; y confiando el mando supremo del ejército al slavo Nachda, con gran asombro y no poco descontento de los demás oficiales de extirpe arábica, daba principio aquella campaña memorable en los fastos de la historia, encaminándose la expedición hacia Simancas.

No sorprendían al batallador Ramiro los aprestos de Abd-er-Rahmán III, ni hallaba el Califa, como otras veces, franco el paso para lograr sus intentos: unidos castellanos, navarros y leoneses, adelantábanse con efecto al encuentro de los musul-

manes, para impedirles la marcha, dando comienzo á la lucha el día 5 de Agosto, y consiguiendo allí los cristianos señalada victoria sobre las huestes de *An-Nássir* que, desordenadas, retrocedían hasta la ciudad de Alhandega, al S. de Salamanca. donde fué inútil ya toda resistencia por su parte. Aquel ejército impotente con el cual pensó el Califa, como en otras ocasiones, destruir el poderío de los monarcas de León y de Navarra, quedaba totalmente deshecho, muerto en la lid su general Nachda, y aun el mismo Abd-er-Rahmán vió en tal peligro su persona, que no sin dificultad pudo librarse de la saña de los cristianos. Rotas, destruídas, sin orden ni disciplina, huían perseguidas de todas partes las huestes del poderoso nieto de Abd-ul-Láh, sin encontrar refugio ni amparo contra las armas de Ramiro; y aquel gualí de Zaragoza, que había dos años antes rendido vasallaje al leonés y ahora figuraba en el ejército musulme, hecho prisionero en la primera batalla de Simancas, gemía prisionero en las cárceles leonesas. En situación tan aflictiva regresaban á Córdoba las dolorosas reliquias de aquella formidable expedición, con la cual juzgaba Abd-er-Rahmán III conseguir nuevos laureles que afirmasen su prepotencia y su prestigio en todas las regiones de Al-Andálus, mientras la fama de tan insigne triunfo concedía en cambio importancia inusitada á leoneses y navarros, años antes humillados por la espada del mismo príncipe á quien ahora habían reducido á la impotencia, y cuyas fuerzas quebrantaban de tan solemne modo.

Cierran aquí por lo común los escritores el primer período de la vida política de Fernán González, período en el cual no se manifiesta por acaso en la historia tentativa alguna que revele los intentos de los castellanos y los de su caudillo, cuya autoridad oficial perpetuada sin interrupción desde el año 931 en que heredó Ramiro por abdicación de Alfonso IV la corona leonesa, parece acreditar desde luego que gozaba de la confianza del príncipe, colocando no en el año 939, sino el de 938, la última de las victorias conseguidas hasta aquella fecha por el valeroso

Conde contra los mahometanos, la batalla de *Hacinas*, en la que perdió sin embargo sus principales caballeros Orbita Fernández, Gustios González y don Lope, señor de Vizcaya, consiguiendo en cambio los cronicones que en el año en el cual obtenía Ramiro II los señalados triunfos de Simancas y de Alhandega, salió á hora de Nona, en un sábado de las kalendas de Junio «flama del mar, é encendió muchas Villas, é Cibdades, é omes, é bestias, é este mismo mar encendió peñas, é en Zamora un barrio, é en Carrion, en Castro Xeriz, é en Burgos cien casas, é en Birbiesca, é en la Calzada, é en Pancorbo, é en Belorado é otras muchas Villas (1).» Impórtanos, á despecho del silencio que guardan cronistas é historiadores respecto á los acontecimientos acaecidos en Castilla antes de la victoria de 939, considerar la situación en que después de la desastrosa campaña de 934 quedaba Burgos, nuevamente destruída, al decir de Aben-Jaldón, por las armas musulmanas. No hay en realidad, fuera del de este escritor arábigo, testimonio alguno por el cual sea lícito formar idea exacta del suceso; y aunque no sea dable á nuestro juicio reputar como inverosímil la presencia de Abd-er-Rahmán III en la ciudad, cabeza del Condado, dada la proximidad de Cardeña, tampoco estimamos sea lícito conceder á las palabras del historiador musulme tanta importancia y tanto alcance como para suponer por ellas completamente arruinada á Burgos. Cierto es, y así lo hemos hecho constar en los capítulos anteriores, que nada existe ya de los tiempos en que Fernán González y sus sucesores residieron en ella; que no se descubre por accidente resto que sea conocidamente imputable á tiempos anteriores á la XIII.^a centuria, pero no por ello hemos de creer que quedó totalmente arruinada, cuando la vemos de nuevo, al poco tiempo y como siempre, siendo la población de mayor y

(1) *Chronicon de Cardeña*, al año 939, copiando lo consignado en el *Chronicon Burgense* y en los *Annales Compostelanos* en la misma fecha (*Esp. Sagr.*, t. XXIII, apéndices). Sampiro ni el Silense hacen mención de este maravilloso suceso.

más calificada representación en Castilla, cuando no hay memoria alguna de que fuera reconstruida y repoblada tercera vez, ni de que Fernán González, el héroe burgalés, fuese el encargado de tamaña empresa, que no habrían olvidado ciertamente la tradición, la leyenda y el *Poema*.

Burgos pudo, sí, ser invadida, ser saqueada y estragada por las gentes del Califa de Córdoba; sufrieron sus moradores las terribles consecuencias de aquel funesto suceso; pero no pudo en manera alguna ser destruida, y así á lo menos parece persuadirlo, á falta de documentos, con inflexible rectitud, la lógica. Mas conocido el hecho, supuesto el poderío de Fernán González, á quien pintan la tradición y la leyenda como obrando siempre con entera independencia de los monarcas leoneses ¿cuál era la situación del preclaro Conde, cuando no volaba en socorro de sus vasallos y no libertaba la tierra de la terrible furia sarracena? Él era quien noticioso de la presencia del ejército musulime, invocaba el auxilio de Ramiro II para Osma y toda aquella región fronteriza de Castilla; pero después, nadie sabe qué participación fué la suya en la campaña: si con Ramiro quedaba encerrado en Osma, si había logrado pasar á la Rioja, á Álava y á la vieja Castilla para formar nuevas huestes, si tuvo combate alguno con Abd-er-Rahmán, y si hizo en fin algo para librar su Condado de la triste suerte que le cupo en aquella amarga y triunfal correría de los infieles. Aunque presumible, tampoco es hacedero resolver si figuró entre los vencedores de Simancas y de la Alhandega, si bien todo parecía indicarlo, pues no es creíble que en ocasión tan memorable, se apartara de la obediencia debida á su soberano, y menos que se mantuviera en actitud agresiva y como preludiando acontecimientos posteriores. Castilla, con igual derecho que León se había hecho independiente de Asturias, y conseguía al postre absoluta supremacía sobre las demás comarcas del antiguo reino de Alfonso *el Magno*, anhelaba el momento de libertarse de la servidumbre en que vivía aun antes de que Ordoño II hubiese tomado cruel ven-

ganza de los Condes castellanos en 923; pero Castilla, amenazada sin tregua ni descanso, ya por los gualés de Zaragoza, ya por los Califas cordobeses, asolada con dolorosa frecuencia, según hemos visto, por los musulmanes, no hallaba la ocasión en que Abd-er-Rahmán III la invadía con el formidable ejército destruído en 939, para proclamar aquella independencia que seguramente se habría trocado bajo el yugo de los musulmanes en esclavitud horrible y merecida. Fernán González, por tanto, no podía menos de contribuir con todas sus fuerzas al éxito de Simancas y de la Alhandega: Fernán González, durante este primer período de su vida política, era vasallo fiel, por convenir así á sus intereses, del monarca de León, Ramiro II, circunstancia que lejos de hacerle desmerecer á los ojos del historiador, le enaltece y sublima, posponiendo sus ambiciones á la seguridad de la patria amenazada y en peligro.